

El papel del maestro en la formación de lo público

Intervención hecha en Agosto de 1988, durante la graduación de los estudiantes de pregrado de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia.

Jesús Alberto Echeverry

El objeto de la presente reflexión busca articular la historia de la práctica pedagógica del maestro con la situación de crisis que vive el país en el presente.

Partamos de un dato del presente, ¿cómo crecen los niños en los barrios populares de Medellín? o mejor ¿Existen aún los niños en los barrios populares de Medellín? Niños en el sentido de que se habla de ellos en la pedagogía y la psicología.

Los rumores. El viento en ocasiones, las investigaciones y las habladurías, nos informan de las aceleradas transformaciones de la infancia.

Blanca Nieves ha muerto y los enanos se han vuelto pistoleros.

Ya los niños no sueñan con ser bomberos, policías, médicos o astronautas... ellos sueñan con ser jefes de bandas y herir con sus raudos vehículos el corazón de la ciudad... No están solos los niños en sus sueños, sectores

muy importantes de nuestra sociedad, han hecho de la muerte un catalizador de la riqueza.

Los enanos no tienen casa. Se derrumbó la casa del ser, del lenguaje, y los enanos, son sólo puntitos en la pantalla de la TV. No hay casa, no hay territorio, recordemos la definición del criminal que nos da Luckas: criminal es un hombre que no tiene un lugar donde pensar.

El contrato social se ha debilitado. Los lazos de solidaridad son inexistentes; recordemos la matanza del restaurante Poseto en Bogotá: ¿Qué hizo posible que el asesino recargara su arma seis veces, en un restaurante donde había casi 30 personas? La insolidaridad. Todos pensaron que el vecino de mesa acababa de ser ajusticiado por guerrillero, narcotraficante o infiel a cualquier marido ofendido...; para los muertos de aquella noche lo humano les fue siempre ajeno.

Me gustaría que esta disertación recogiese el amor de mis estudiantes. Empiezo, pues, esta disertación sólo con un objeto, volver a sentir el amor que siempre les he tenido y recordar ahora aquellos días de amistad que hicieron de nuestra vida los momentos más dulces.

Estas notas están dirigidas a aquellos que nos han acompañado en los días de destierro.

Hoy, en el mundo es más fácil encontrar un intelectual que tener un amigo, y yo quiero primero un amigo. Es verdad que venero también al intelectual, pero primero un amigo. Los intelectuales de hoy son primero intelectuales y luego, siguen siendo intelectuales, olvidando al amigo. Razón tenía Michel Foucault cuando señalaba que el sexo se había vuelto algo aburrido en Occidente y levantaba la amistad como el valor supremo. En la amistad, los actores son activos al mismo tiempo y bajo la misma especie, en el sexo, uno de los actores debe ser penetrado y resulta imposible que ambos sean activos al mismo tiempo.

La patria. Dichoso el hombre al que una patria floreciente alegra y fortifica el corazón. A nosotros, si alguien nos recuerda la nuestra, es como si nos tirasen a un charco... cuando alguien me llama intelectual, maestro,

pedagogo, siento como si acabara de echarme al cuello el collar de un perro. Nuestra amada Colombia. Mestizos, negros, indios y blancos, "vivimos a la lata"; el acoso del Imperio ha hecho de nosotros hombres dispuestos a todo: la inteligencia, la vida, y la muerte. La Colombia que amamos no es un estado, ella es siempre una patria. La patria es siempre otra cosa; ella es el lugar de Don Tomás Carrasquilla, de Alejandro López, de Manuel Uribe Ángel, de Sebastián Mora, del Negro Restrepo, de José María Triana no hecha de gobiernos y leyes, pero rodeada de gente y amor.

La patria es cielo de hombre, donde se puede ser uno con todo. Es un mundo de cosas, de aire, de mar, de belleza, y en especial de juventud, como lo soñó alguna vez Fernando González, el hombre es un Dios cuando sueña, decían los griegos.

Una situación paradójica. Aquí donde vivimos, nos encontramos como presos entre la hermosura del mundo y exuberancia de la naturaleza, prófugos del jardín de la patria donde crece y florece la vida, de un momento a otro, podemos ser proscritos.

Viajamos por la patria buscando el lugar de nuestra gente y sólo encontramos sus sepulcros, mientras tanto los nuestros se han vuelto invasores de su propia tierra. Somos bárbaros en nuestra propia tierra. No queda más que la esperanza alimentada por unos cuantos sacerdotes de lo público.

Sacerdotes hijos del sol, descendientes de la civilización del maíz, reencarnación de los días pasados y testigos en la hora presente del paso del tiempo. Nadie como ellos enriquecidos para dar testimonio de los hechos, pues su patria es el sol y su corazón permanece insobornable.

El hombre es un Dios cuando sueña. Pero hoy el hombre ya no sueña, a tal punto ha llegado el espíritu del terror absoluto, que a todos nos ha cortado las alas y ha hecho de nosotros animales domésticos, que corremos hacia las cosas cuando llega el atardecer y dejamos abandonadas plazas públicas, calles y parques... y lo peor, la fiesta. "Cuando el entusiasmo desaparece, el hombre se queda... contemplando los míseros céntimos con que la compasión alivió su camino". Pero la patria no existe. Tal vez un

gobierno que repetía su nombre engreído en su sonambulismo. Tal vez una iglesia que remeda sus cultos, que ha hecho sus ministros gendarmes y de lo sagrado una industria. Pero nada queda de las glorias de Bolívar, un hombre que aprendió en las cosas los secretos de Dios. Vagamos por la patria como un espíritu que en ninguna parte encuentra descanso. Transitamos por las regiones abandonadas, en busca de la juventud porque esa es la patria, el lugar donde sólo uno envejece, porque lo demás se renueva, y no es grato envejecer en un mundo donde crece la muerte.

La amistad. Pocos amigos quedan en la patria. Mis mejores amigos se fueron al Tibet en busca de la Paz. La amistad es un arduo ejercicio de patria. Si no hay patria, no hay amistad y no puede haber amistad donde reina el espíritu absoluto del terror. El maestro un amigo.

El maestro no puede ser amigo como los otros, es otra especie de amigo. Tiene la virtud de maestro y el carácter de un Dios. Nos acompaña desde niños, no permanece siempre junto a nosotros, debe mostrar el camino y partir. Hay amigos así. No tiene acceso a nuestro cuerpo, pero alimenta nuestro espíritu. Pero los maestros tienen también un espíritu que alimentar. Ellos deben llevar los niños hasta la tumba de San Pedro Alejandrino y decirles -"aquí empieza la patria"- Y susurrar a sus oídos canciones en las murallas de Cartagena y respirar con ellos el aire de la Sierra Nevada, disfrutar de la aridez de la Guajira, deleitarse con el verde de los Andes y percibir la inmensidad de los Llanos orientales. Debéis enseñarles que el color, el paisaje, el viento, el aire... no tienen dueño para que el día de mañana no vacilen en defender los espacios públicos, la tierra, el mar, el petróleo, el café, el carnaval y la cultura.

No sólo enseñar, sino aprender, debe el maestro:

-Aprender, como lo enseñó Carlos Marx, en el programa de Ghotá, que la escuela no debe ser un instrumento para inculcar o enseñar una ideología, sino que ella debe ser instrumento de la ciencia y agente de lo público y la democracia.

-Aprender como lo enseñó Look, la tolerancia como principio de base de la convivencia social.

-Aprender con Rousseau que el derecho humano más importante es el derecho a la diferencia. Y más aún con Baudelaire que el derecho humano más importante es el derecho a la abdicación, a la equivocación y a la renuncia.

-Aprender de Descartes el método de la duda permanente y evitar que se repitan en nuestro país casos aberrantes como el del obispo Ezequiel Moreno, obispo de Pasto, quien hizo colocar en su tumba en Logroño (España) una inscripción que decía: "EL LIBERALISMO ES PECADO". Y que la censura a autores y libros nunca se vuelva a practicar en nuestro territorio, tal como quedó inscrita en el libro de filosofía del padre Granados (1950), excomulgando a todo aquel que leyese las obras de Jeremías Bentham.

-Aprender de un proceso como el de la Perestroika, algo que Jean Paul Sartre había dicho hace algunos años: LA CULTURA NO SE DEFIENDE CON LOS FUSILES. Y algo que Mao Tstung nos enseñó cuando puso en marcha la revolución cultural: bajo ninguna forma la presencia del enemigo externo justifica el recorte de las libertades internas de un país.

Termino citando al profesor Jorge Alberto Naranjo: "Es un lugar común afirmar que el trabajo es castigo, condena que impuso a los hombres desde cuando el paraíso se tornó valle de lágrimas. Pero, se trata de un profundo error filosófico, con lesivas consecuencias para el bien común. Lo que se constata, por el contrario, al examinar la vida de los hombres creadores, es una enorme alegría puesta en el trabajo, una alianza perseverante del deseo con la acción. Al enseñar que el trabajo es castigo y no vía de liberación, al enseñar que el trabajo nos llega como por fuerza, y no por humana elección, se propaga la idea de una antítesis entre placer y deber según la cual lo negativo, lo coercitivo, lo triste y fatigante es el deber, mientras lo propio de la felicidad es el estar ocioso. Se propaga como imagen del trabajo la de los trabajos forzados. Y ésto -enseñado y predicado cada que hay ocasión- se termina convirtiendo en objeción del alma al trabajo, en deseo de huir hacia no se sabe qué paraísos artificiales, en imposibilidad de vivir el trabajo como obra en marcha. Y, como hay, de todos modos, hasta

el trabajo de mantenerse ociosos, la vida entera se torna pesimista, indiferente, sin ilusiones.

La dualidad placer-deber nos enceguese colectivamente, nos hace vivir sin medida, entre hiatos de autoconciencia. Rara vez se accede a esos largos períodos de la vida en andante, de la vida continua, serena, jovial hasta en el infortunio. El presente no es ya presente, no nos estacionemos a gusto en él es presente opresivo si trabajamos, es tiempo perdido si estamos ociosos. Enseñarla alegría inmanente del trabajo es, pues, tarea urgente. Eso nos hizo grandes en tiempos de Tomás Carrasquilla y don Baldomero Sanín Cano, en tiempos de Alejandro López, Uribe Ángel o Esteban Jaramillo. Eso nos mantendrá firmes en estos tiempos de infortunio".